

davía en una población culta se le echó en cara á uno de los más ilustres vecinos de aquel pueblo el haber nacido en un lugar donde se cometían *crímenes semejantes*.

Los veracruzanos que nazcan dentro de doscientos años, tendrán orgullo todavía de ser hijos de la *heroica Veracruz*. Los hijos de la península Yucateca, se sienten orgullosos de llamarse compatriotas de Quintana Roo, de Zavala, de Sierra, de Cisneros, de Peón Contreras y de tantos otros que han dado lustre á aquella tierra; y en general, los mexicanos nos sentimos satisfechos de llevar en nuestras venas la sangre de Cuahutemoc, de Hidalgo, de Bravo y de Juárez.

*Dignidad humana.*—Figuráos cuál sería nuestra vergüenza y nuestra confusión, si adquiriendo repentinamente el don de la palabra, los irracionales se fueran irguiendo uno á uno delante de nosotros y nos fueran dirigiendo arengas semejantes:

El perro. "Humanidad ingrata y veleidosa, yo valgo más que tú porque soy *fiel hasta la muerte en mis afectos*."

El león. "Aprende hombre de la más formidable de las fieras, á *respetar á los seres de tu especie*."

El castor. "Hombre indolente, imprevisor y pendenciero, toma ejemplo del más humilde y pacífico de los roedores."

El cochino. "En vano eres tú quien ha in-

ventado para mí los nombres más despreciativos y asquerosos; siquiera yo cuando me revuelco en el fango de la tierra, obedezco á mi instinto; pero tú . . . tienes libre albedrío y eliges para hundirte el asqueroso fango de tus vicios . . ."

Pero después, hojead la historia de la humanidad y ved cuántos hombres la enaltecen: Sócrates, Platón, Régulo, Plinio, Servet y otros tantos que han dado su vida por la verdad, por la patria y por la ciencia, y por último, pensad en Jesucristo, muriendo por la humanidad bajo la forma humana, y con qué noble satisfacción diréis: somos hombres, tenemos la forma de Aquel que sólo vino á enseñarnos con su *vida y ejemplo el camino del cielo*.

La dignidad humana exige que nos enaltezcamos, ó más bien, que nos hagamos dignos del alto puesto en que la Providencia ha colocado al hombre.

## CAPÍTULO VI.

### DEBERES DE CARIDAD.

A medida que van desarrollándose nuestras facultades y nuestra dignidad, vamos pudiendo y queriendo bastarnos á nosotros mismos, y á esto debemos dirigir todos nuestros esfuerzos para que vaya disminuyendo

la mayoría de párasitos que tienden á agotar la savia de los que no lo son. Pero, por mucho que la humanidad llegue á perfeccionarse, siempre será la caridad sobre la tierra una necesidad y una fuente de nobles satisfacciones, pues ninguna lo es tanto como hacer bien á nuestros semejantes. Entre el que hace el bien y el que lo recibe, se establece un lazo simpático de unión; pero no hay duda de que el que la hace, siente más contento que aquel á quien se le hace. No creais que son sólo los huérfanos, los ciegos y los inválidos los que necesitan caridad, ni que sólo son los ricos los que pueden hacerla. Ningún hombre es tan feliz que deje de necesitar la caridad de sus semejantes, ni hay ninguno tan desgraciado que sea incapaz de hacerla.

*Caridad á los ancianos.*—¿Quién es aquel que por muy poderoso que sea, por feliz que parezca, haya podido atravesar la senda de la vida sin dejar á su paso lágrimas y sollozos? El melancólico poeta Becquer, dice: “¡Qué solos, qué solos se quedan los muertos!” Pero no son ellos, somos nosotros los vivos los que nos vamos quedando solos. . . . El gran rey Luis XIV, llegó á sentirse tan abrumado de tristeza en sus últimos años, que prohibió en la corte los ceremoniales del luto, que ya su espíritu abatido no tenía la dignidad real de resistir, y bien hubiera dado un florón de su corona por un poco de *adhesión*, por un poco

*de cariño.* Hay aquí un rico millonario que recibe la caridad de su portero. ¡Cómo! pensaréis. Sí, el anciano señor, está sólo en el mundo, no tiene á nadie que lo quiera, y el portero, que es un hombre de corazón, cuando ve á su señor dándose paseos en sus largos corredores, que es con lo que parece demostrar su más alto grado de fastidio, le manda con cualquier pretexto á una nietecilla suya, vivaracha y graciosa, que con su franca alegría, hace olvidar por algunos momentos sus penas al anciano.

*Caridad á la juventud.*—Felisa era una joven de 18 años, viva, simpática y buena, que formaba la alegría de sus padres á quienes con verdadero placer ayudaba á ganarse la vida, porque los padres de Felisa eran pobres, muy pobres, tanto que la niña, á pesar de su contento, solía tener algunas tentaciones de muchacha, y una de ellas era el deseo de saber qué *cosa era el teatro*, cómo sería la zarzuela, qué hacían en la ópera. También había para ello razón, porque cerca de su casa estaba un teatro, y ella veía pasar todos los domingos á muchas jóvenes de su edad, con elegantes trajes y con caras risueñas, que iban al teatro. Y luego, cuando ya estaba acostada, se desvelaba oyendo el murmullo de la gente que salía. Un sábado en la tarde, estaban juntas madre é hija, aprovechando los últimos rayos de luz para acabar

un vestido ajeno, precisamente un *traje para teatro*, cuando la señora recibió la esquila de una amiga, *invitando á Felisa para ir al teatro* al siguiente día. La muchacha creyó que aquella amiga tenía el poder de adivinar sus pensamientos, pues ella estaba bien segura de no haber revelado á nadie su deseo; se ruborizó pensando que su amiga le hacía *una caridad*, pero bajo una forma tan fina, que, conmovida, sintió llenársele los ojos con lágrimas de gratitud. Más tarde, cuando el corazón de Felisa había empobrecido de ventura, llegó á ser rica de dinero, y fué muchas veces al teatro; pero cuenta que sólo pudo sentirse tan contenta como aquella noche en que vió representar "Los soldaditos de plomo," cuando recordando á qué debió el haber visto aquella pieza, llevó en su compañía á otras jóvenes pobres, como ella lo había sido. Tan cierto es que la caridad es como una *semillita* que produce muchos frutos.

En los "Soldaditos de plomo" parece que el autor trata de demostrar que los hombres son niños á todas las edades, y que para cada edad se necesita un juguete. Esto es cierto, y quizá habréis observado que no son los mismos juegos los que les gustan á todos los niños, y que entre los juguetes de cada niño hay siempre uno preferido. Cuando me hacían estudiar, como á vosotras, en los libros, solía yo cerrar el mío para observar á dos niños que

pasaban las horas divirtiéndose con las bombas de jabón: mientras uno las hacía, el más pequeño alargaba el dedito para desbaratarlas. Después supe que el primero había llegado á ser poeta y el segundo militar.

Un vecinito mío era como maniático por los *barquitos*; los hacía de papel, de cartón ó de madera; no podían hacerle *mejor regalo* que un *barquito*, y ¿sabéis lo que es ahora? un bravo marino. Una chica me mostraba sus muñecas, entre las que tenía de trapo, de cera y de porcelana; algunas andaban y otras decían ¡papá! pero la chica, después de mostrarlas todas, tomaba un trozo de palo envuelto en un trapo y se ponía á arrullarlo muy ufana. En vano traté de averiguar cuál era el atractivo de aquel trozo; quizá, pensé, por lo mismo que es un objeto informe, la chucuela encuentra fácil revestirlo con las formas que su imaginación quiere darle. Todo esto os lo he contado para deciros que cuando somos grandes seguimos prefiriendo siempre algún juguete, y tanto como habríamos complacido á mi vecino regalándole un barquito, podemos complacer á nuestros semejantes con solo *darles*, como se dice, *por su cuerda*.

Es una de las formas de la caridad poner al servicio de nuestros semejantes un poco de tiempo, de paciencia y de atención. Tengo una amiga que no es rica, ni mucho menos;

recibe en su casa gente de todas categorías, y todos salen de ella complacidos y diciendo que la señora es un ángel. ¿Sabéis cuál es su secreto? Darle á cada uno su juguete preferido, es decir, escuchar con atención aquello de que á cada uno le gusta tratar. Ella siempre oye con igual entusiasmo las composiciones del músico y del poeta; tan agradables le parecen las narraciones de las campañas del soldado, como las de las faenas del maestro ó las del agricultor. Si se le habla de un enfermo, ella tiene recetas para todas las enfermedades; en caso necesario, sabe aplicarlas.

*Modestia de la felicidad.*—Un día estaba yo de visita en su casa, complacida con las gracias de un precioso niño suyo de dos años, cuando vió ella por el balcón á una amiga que iba á visitarla, y apresuradamente le dijo á la criada: llévate este niño por allá dentro y no vengas aquí con él mientras esté la señora que va á entrar. ¿Y por qué? le pregunté yo con asombro. ¡Ay! dijo, porque esta pobre señora que va á entrar perdió hace un año á un hijo de la misma edad que el mío, y me parece *falta de caridad hacer alarde de mi dicha delante de ella.*

Esto me hizo recordar una escena que siempre recuerdo con remordimiento. Vivía con nosotros una pobre huérfana á quien queríamos todos mucho; pero es muy común que se quiera *sin saber querer*: un día mis hermanas

y yo acariciábamos á nuestra madre y nos mostrábamos contentas de recibir sus caricias; qué cosa más natural, pensaréis; pero figuráos mi pesar al ver que la pobre huérfana se alejó de nosotras llorando; me duele pensar que ni siquiera tuve yo la penetración de comprender el *por qué* de aquellas lágrimas para tener la delicadeza de callar, sino que todavía tuve la imprudencia de preguntarle ¿por qué lloras? ¿te hicimos daño? Y la pobre niña, con la voz ahogada por los sollozos y cubriendo su triste semblante con las manos, exclamó: “¿No comprendes que la felicidad ajena hace resaltar más la desgracia propia? ¡Ah! yo he aprendido á sufrirlo todo, pero *no puedo acostumbrarme á ser huérfana.*” Niñas, á veces la felicidad nos hace torpes y no comprendemos el mal que *ocasionamos haciendo alarde de ella.* Yo he podido observar que los *envidiados* son más culpables que los *envidiosos*. Procurad tener siempre la *modestia de la felicidad*, y si es posible, haced á los otros partícipes de ella, y veréis cómo en vez de envidiaros, os aman.

*Felicidad egoísta.*—Un joven muy pobre se vió precisado á solicitar un favor de dos hombres poderosos: dice que no supo de cuál de las dos habitaciones salió más *deslumbrado* por el lujo que en ellas se ostentaba; pero asegura que al salir de la primera sintió impulsos de prenderle fuego á aquel palacio y

deseos de ver ardiendo junto con él á su dueño; y que él mismo se preguntaba: ¿es que soy un malvado? ¿siento *envidia*?

*Felicidad que se hace amar.*—Pero al salir de la habitación del segundo, lágrimas de gratitud inundaban sus ojos, y del fondo de su alma se levantaban votos de felicidad para todos los moradores del Castillo, porque sus habitantes partían *su dicha con los pobres, se complacían en remediar la desgracia.* No lo dudéis; á los que *saben hacer la caridad no se les envidia: se les ama.*

*Caridad profesional. Caridad infantil.*—Como os decía, las formas de la caridad son tan variadas, como el número de hombres que puebla la tierra y como las necesidades de cada uno.

El periodista puede insertar gratis el aviso de un médico sin clientela, el médico puede curar algunos enfermos pobres sin cobrar honorarios, el maestro particular de un pueblo, en nada se perjudica admitiendo un número de niños sin cobrarles nada.—En uno de mis solitarios paseos matinales pude observar una escena que voy á referiros. Dos ciegos con sus guitarras debajo del brazo, venían, tal vez de algún baile donde habían pasado la noche tocando, y al pasar junto á una fábrica, de la que yo estaba bastante lejos para poder advertirles, creí por un momento que iban á estrellarse contra ella; pe-

ro con inesperado gusto ví salir de un zaguán á un chico sin sombrero y harapiiento, que se apresuró á apartarlos y que los guió hasta donde consideró que ya no habría peligro para ellos. A ese tiempo pasaba una niña como de doce años con sus libros en la mano; parecía dirigirse á la escuela, y conmovida con la acción del muchacho, se detuvo delante de él y le dió una moneda diciéndole: “Para que siempre guíes á los ciegos.” Estas palabras fueron escuchadas por una anciana que se detuvo para darle un beso á la niña, diciéndole con acento cariñoso: “Que Dios ponga siempre en tus manos los medios de premiar el bien. En seguida la anciana entró á una iglesia y en la puerta repartió algunas monedas á varios pobres, diciendo á media voz: *En nombre de la niña caritativa.*”

*Caridad que puede impedir el vicio.*—Una vez fui, como suelo, á la plaza con mi criada, y experimenté un sentimiento doloroso, al ver á uno de esos desgraciados que se arrastran por el suelo, arrastrándose también en el vicio, pues el infeliz estaba ebrio; se había sentado junto á una ventera de atole y de tamales, y ésta lo llenaba de improperios, haciendo llorar á aquel desgraciado cuya embriaguez ponía sin duda más susceptible. Un militar, que tras de su apariencia ruda debía guardar un corazón noble, se acercó á com-

prar atole y tamales á la mujer, que se apresuraba á envolver los últimos para dárselos al militar, cuando éste le indicó que diese una y otra cosa al pobre, el cual, con verdadera avidez, lo devoró todo, diciendo con la boca llena y con un tono que habría parecido ridículo, si no hubiera dado lástima: "Dios se lo pague, señor, y que nunca llegue usted á arrastrarse como yo." Mientras, la ventera, cambiando por completo de tono, le decía al pobre: "¡Vaya, hombre, ya lo ve usted, en vez de tomar copas, véngase todas las mañanas y yo le daré su desayuno!" Yo pensaba, entretanto, cuán *poderosa es la influencia de una alma buena*; he ahí una transformación completa en la que hace un momento prodigaban rudos insultos al mendigo. Quizá el militar no volverá ya á pasar por aquí, pero *su influencia durará mucho tiempo*.

*Caridad á los animales.*—Hace algunos días se había formado un corrillo en medio de la calle: era que un caballo uncido á una carreta se había caído, y un gendarme dirigía duros reproches al carretonero, pues á pesar de estar la carreta vacía, el pobre animal no podía con ella, y con razón, pues podía decirse de él, con verdad, que sólo por estar *cubiertos por la piel no se le caían los huesos*. Se comprende que el gendarme no solamente obraba en cumplimiento de su deber, sino que estaba *inspirado por un sentimiento caritativo*,

al reprochar su conducta al carretero, mientras que tendía la mirada á todas partes como buscando quien le ayudara á salir de la disyuntiva en que estaba, entre permitir que el pobre caballo siguiera á más no poder con su carga, ó que el carro se quedara en medio de la calle, lo cual no podía ser. Por fin, tomando una resolución, se dirigió á la multitud, diciendo: "Yo pago al que encuentre el modo de quitar el carro de la calle sin que lo lleve ese desgraciado animal." Un americano, que formaba parte de los curiosos, dijo entonces: "No es justo que los gendarmes lo hagan todo; yo pago." "Para algo han de ser buenos estos yankees," murmuró uno de esos á quienes llaman *pelados*, y dando uno de esos chiflidos tan peculiares de nuestro pueblo, "Vente por acá, *Piel del Diablo*, gritó, tú tienes tantas fuerzas como yo, *vámonos los dos con la carreta* para que vea el gringo ese que si ellos tienen *harta plata para hacer caridad á las bestias*, nosotros los mexicanos tenemos *harto corazón para compadecer* á los pobres animales;" y tirando los dos de la carreta se alejaron á todo correr. Un ¡bravo! estrepitoso salió en aquel momento de entre la chusma, haciéndome pensar: cuando yo refiera todo esto á mis discípulas, ellas también *aplaudirán con el corazón al gendarme, al americano y los arranques de nuestro pueblo*.

*Caridad de la aprobación.*—Si viérais que

entre las formas de la caridad, pocas hay de tanta trascendencia como la de estimular á los demás con nuestra aprobación. Yo les he oído decir á muchas personas: Yo no *me mato tontamente*, yo no he de hacer ningún esfuerzo por que las cosas salgan mejor, al cabo *todo es igual, todo da lo mismo. Ni siquiera entienden qué cosa vale más ni cuál menos. Y mucho será cuando uno, por meterse á redentor, no salga crucificado.*

Todos tenemos la culpa de que algunos piensen así, porque no nos creemos con el deber de *aprobar siquiera* todo lo bueno que encontramos en los demás. Hay quienes no sólo no aplauden, sino que llevan por tema *desaprobarlo todo*, porque creen que así se hace mejor. Figuráos si un buen actor, cuando está seguro de hacerlo bien, se oye *silbar*, ¿*le serviría eso para mejorar?* A un pueblo donde sólo conocían los títeres, llegó una vez una compañía cuya fama era bien conocida por todo el mundo, y en la primera noche de representación, hasta escobas les tiraron, en medio de unos silbidos espantosos. . . . ¿Qué pensáis que hicieron? pues nada menos que envolver las petacas y salir á escape de aquel pueblo.

*La monita.*—Cuando yo era chica me llevaron á un circo donde había una monita que sabía muchas habilidades. Yo estaba encantada, me parecía prodigioso cuanto la monita

hacía; pero el dueño de ella, el empresario, no parecía de mi opinión; cada vez que la monita saltaba el aro, le daba un varillazo, diciendo: ¡No está bien! Cuando se puso á barrer con una escobita, de la manera más graciosa, el amo le quitó la escoba y le pegó en la cabeza; luego que se puso á saltar la cuerda, también, regañándola, le pegó con la cuerda. ¿Y por qué hacía eso? me preguntáis; pues porque había tan poca concurrencia que el empresario *estaba de mal humor* y se desquitaba con la monita. ¿Y al fin qué sucedió? pues que la monita también sabía tomar sus resoluciones, y se metió debajo de la mesa en que trabajaba, sin que fueran bastantes los esfuerzos del dueño para hacerla salir, y quizá hubiera permanecido allí toda la noche, á no ser por una señorita muy amable, que habiéndola con mucho cariño, le regaló unos confites. Puede ser que, en muchos casos, os acordéis, como yo, de la monita.

*Caridad por cooperación. La iniciativa.*—No siempre son suficientes los esfuerzos de un hombre para remediar una desgracia, y en ese caso, *implorandola cooperación de los demás, podemos hacer la caridad.*

Quando se inundó la ciudad de León, el director de una escuela, conmovido con la miseria en que habían quedado tantos desgraciados, no sólo por satisfacer sus propios deseos sino queriendo también presentar á sus alum-